

## Pueblo, líder y maquinaria política: populismo e institucionalismo en los orígenes del partido demócrata estadounidense<sup>1</sup>

Marcos Reguera  
Universidad del País Vasco / Universidad de Oregón

**Resumen.** Este artículo tratará sobre la difícil interacción entre populismo e institucionalismo en el nacimiento del partido demócrata estadounidense. El partido demócrata surgió como una maquinaria electoral entre 1824 y 1832 de cara a las elecciones presidenciales del general Andrew Jackson, y como medio de promoción de una política igualitaria para los varones blancos moldeada a través de un ideal de sociedad republicano-agrario. La figura de Jackson y la ideología agraria del partido fueron dos puntales fundamentales en la configuración de un movimiento populista estadounidense que buscaba consolidar las conquistas democráticas logradas durante las décadas precedentes. Por otra parte, la estrategia política y de reforma partidista operada por Martin Van Buren en el partido republicano de Jefferson transformaron la institución del partido político, inventando en el proceso la maquinaria electoral democrática. De esta manera, en el nacimiento del partido demócrata, populismo e institucionalismo lejos de contraponerse supusieron dos ingredientes fundamentales a la hora de configurar la política partidista democrática tal y como la conocemos hoy en día.

**Palabras clave.** Populismo, institucionalidad, Antebellum Era, partido demócrata, jacksonianismo, Andrew Jackson, Martin Van Buren.

## People, leader and political machinery: populism and institutionalism in the origins of the U.S. Democratic Party

**Abstract.** This paper will discuss the difficult balance between populism and institutionalism in the birth of the American Democratic Party. The Democratic Party emerged as an electoral machine between 1824 and 1832 in the context of the presidential elections of General Andrew Jackson, and as a means of promoting an egalitarian policy for white males shaped by an ideal of an agrarian-republican society. The figure of Jackson and the agrarian ideology of the party were two fundamental pillars in the configuration of an American populist movement, which sought to consolidate the democratic gains achieved during the preceding decades. On the other hand, the political and party reform operated by Martin Van Buren in Jefferson's Republican Party transformed the political party institution, inventing in the process the democratic electoral machinery. Thus, in the birth of the Democratic party, populism and institutionalism, far from opposing each other, were two fundamental ingredients in shaping democratic party politics as we know it today.

**Keywords.** Populism, institutionalism, Antebellum Era, Democratic Party, Jacksonianism, Andrew Jackson, Martin Van Buren.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. El patrón político de la Antebellum Era. 3. El agrarismo republicano de Jefferson: éxito político y fracaso institucional. 4. Populismo e institucionalismo en la fundación del partido demócrata. 5. Conclusiones

---

<sup>1</sup> Esta investigación ha sido financiada por las Ayudas destinadas al perfeccionamiento del personal investigador doctor en centros de aplicación en la CAPV 2020. [marcos.reguera@gmail.com](mailto:marcos.reguera@gmail.com)

## 1. Introducción

En la bibliografía en clave histórica sobre el populismo (Canovan, 1981, 17-97; Zanatta, 2014, 164-169) se ha convertido en un lugar común remontar sus orígenes a las experiencias del populismo agrario de la segunda mitad del siglo XIX, con los casos del Greenback Party (1872), la Farmers' Alliance (1878) y del People's Party (1892), o el de los *Naródniki* rusos como primeras formulaciones del populismo moderno. Sin embargo, se suele pasar por alto la contribución fundamental a la historia del populismo del movimiento jacksoniano que dio lugar a la creación del partido demócrata estadounidense.

Por otra parte, en la literatura de esta temática es también habitual encontrar una cierta división entre obras y autores que privilegian un acercamiento historiográfico hacia el populismo (tendientes a la descripción de casos de estudio) sobre otras obras de carácter más interpretativas que buscan explicar el populismo como fenómeno político-social. Dos ejemplos a mi juicio paradigmáticos de este desencuentro entre teóricos sociales/filósofos con historiadores a la hora de analizar el populismo pueden encontrarse en la crítica a Margaret Canovan con la que Ernesto Laclau inicia su obra *On Populist Reason* (2005, 5-10), o en la crítica a Loris Zanatta con la que José Luis Villacañas introduce su interpretación del fenómeno en *Populismo* (2015, 31-38)<sup>2</sup>.

Por lo general, el problema que suele acarrear esta división entre obras históricas frente a otras teóricas del populismo radica en que la historiografía y la filosofía buscan responder a preguntas diferentes en su acercamiento al fenómeno populista, lo que tiende a dar lugar a que los historiadores encuentren las obras de los filósofos como constructos demasiado abstractos y anacrónicos en su tratamiento de la problemática populista, mientras que los filósofos tienden a considerar las obras de los historiadores como formulaciones excesivamente descriptivas incapaces de dialogar con los fundamentos de la problemática.

Este artículo no pretende ofrecer respuestas a este desencuentro disciplinar. Se trata de una obra de carácter historiográfico sobre la primera experiencia populista moderna y la tensión que esta forma de populismo experimentó al intentar generar una lógica institucional propia. Por lo tanto, mi trabajo va a intentar explorar desde una perspectiva historiográfica la tensión fundante entre populismo e institucionalidad en el nacimiento del partido demócrata estadounidense. Tensión que no va a ser únicamente esencial para la formación de dicho partido, sino que además imprimirá toda una serie de lógicas populistas en el proceso de institucionalización de la democracia representativa.

## 2. El patrón político de la *Antebellum Era*

Se suele comprender por *Antebellum Era* el medio siglo de historia estadounidense que va desde el fin de la Guerra de 1812 (1815) al inicio de la Guerra Civil Americana (1861) (Volo y Volo, 2004, IX-XXV). Se trata del periodo de conformación de la política democrática estadounidense, al menos a un nivel institucional y para toda la población de varones blancos. En esta época la generación que protagonizó la revolución americana irá dando paso a una nueva cohorte de políticos nacionalistas que deberán adaptar las instituciones republicanas de origen ilustrado a la nueva realidad de la sociedad de masas. Este será un periodo de enormes transformaciones y tensiones políticas en donde la unidad nacional surgida de la revolución se irá dividiendo en tres regiones con realidades socioeconómicas diferenciadas que compartirán un mismo sistema institucional en tanto que Estado-nación unitario. Sin embargo, esta

<sup>2</sup> Por otra parte, en la obra colectiva *Populism: A Historiographic Category?* (2018) se plantea precisamente el reto que supone para la historiografía la subsunción de fenómenos históricos tan dispares en una categoría sobre la que no existe un consenso teórico firme (Chini y Moroni, 2018, 1-6). De alguna manera la obra se inspira en la propuesta de Margaret Canovan, pero con una dispersión casuística y de enfoques incluso mayor.

creciente diferencia regional con la institución de la esclavitud de telón de fondo irá generando una tensión creciente que llevará a la república estadounidense a su colapso a mediados del siglo XIX.

Cada una de estas regiones (denominadas “Secciones”) se caracterizarán por unos rasgos distintivos que marcarán su evolución política e interacción con respecto a las demás (Turner, 1993, 105-108, 115-116). Los estados del Sur se distinguirán por la esclavitud de plantación, en donde una exigua minoría de esclavistas obtenían su riqueza mediante la explotación de una gran masa de esclavos negros, a la par que ejercían un predominio político-social sobre una multitud de agricultores blancos pobres, de entre los cuales algunos llegaban a ser también pequeños propietarios de esclavos (Genovese, 1989, 12-23). Los estados del Norte serán testigos del despliegue del capitalismo y la sociedad de masas. Aunque la mayor parte de la población seguirá siendo agrícola, esta sección será testigo del surgimiento de grandes ciudades comerciales a lo largo de la costa, lo que dará lugar a unos primeros focos de industrialización, proletarización del antiguo artesanado urbano y al surgimiento de una estratificación y conflicto de clases (Wilentz, 2004, 23-60, 108-119, 140-145; Moore, 1966, 122-128). Finalmente, el Oeste se encontrará dominado por la Frontera, un espacio de colonización significado como “no civilizado” (Turner, 1986, 1-38) en donde los colonos americanos, por medio del exterminio y la desposesión de las naciones nativas americanas (Veracini, 2010, 1-53; Cavanagh y Veracini, 2016, 1-6, 95-106), irán creando asentamientos mayoritariamente agrícolas, pero en donde también se practicará la caza, el comercio de pieles y la explotación de los recursos naturales de las tierras vírgenes.

Ahora bien, en los territorios del Oeste los colonos provenientes del Sur tendían a trasladar a sus esclavos consigo, quitando tierras a los colonos libres del norte y generando tensiones entre el Sur y el Norte, especialmente cuando el territorio en cuestión se transformaba en Estado y debía decidir en su constitución si ser esclavista o libre. En 1820, bajo la presidencia de James Monroe, se alcanzó el *Compromiso de Missouri*, por el cual se aceptaba este Estado como esclavista a condición de incorporar Maine como Estado libre. Pero aún más importante, esta ley federal restringió la entrada de la esclavitud en el resto de territorios adquiridos durante la compra de Luisiana (1803) y que estuvieran situados al norte del paralelo 36° 30' (la famosa línea Mason-Dixon). Esta ley no solamente pretendía zanjar de una vez por todas la tensión existente entre expansión territorial y competición seccional (expansión de la esclavitud), sino que además instituyó una cultura política del compromiso que marcaría toda la *Antebellum Era* hasta la firma del *Acta de Kansas-Nebraska* en 1854, ley que violaba el Compromiso de Missouri y que polarizó enormemente la sociedad americana, aumentando el número de abolicionistas en el Norte y de secesionistas en el Sur (Ransom, 1989, 33-40; Wilentz, 2005, 222-240).

Como consecuencia del seccionalismo las distintas regiones de los Estados Unidos van a desarrollar diferentes vías de modernización dependiendo de los imperativos de su sistema económico, de los intereses de su clase dominante y de las resistencias y demandas de los grupos subalternos. Esto va a complicar enormemente la posibilidad de plantear un proyecto unitario a nivel federal que apelase a todas las secciones por igual, lo que va a desencadenar una competición interseccional por controlar las instituciones federales, especialmente la presidencia (McCormick, 1966, 13-16).

A grandes rasgos el Sur y el Oeste (la Frontera) van a coincidir en su ideal agrario de sociedad frente a un Norte en vías de industrialización y urbanización. Por este motivo el Sur y el Oeste van a promover bajos aranceles a las importaciones de productos manufacturados desde Europa, que a su vez facilitasen sus exportaciones agrícolas al Viejo Continente. Por otra parte, su necesidad de nuevas tierras para el cultivo va a generar que sean secciones donde el expansionismo territorial sea más popular y donde haya una mayor beligerancia contra los nativos americanos. Desde su visión agraria, tanto el Sur como el Oeste van a favorecer una

acción limitada del gobierno federal frente al poder local de sus Estados. En el Sur para proteger la esclavitud, mientras que el Oeste favorecía la posición de un gobierno mínimo como forma de asegurar su independencia y autogobierno, en un contexto de comunidades aisladas y separadas por vastas distancias de un poder federal que en muchos casos no conocía sus necesidades concretas. Por el contrario, el Norte va a favorecer un rol mucho más activo del gobierno federal como fuerza proactiva en la modernización del país, invirtiendo en infraestructuras y mejoras internas que ayudasen a dinamizar la economía y a favorecer la industrialización. En muchos casos el Oeste apoyará al Norte en la política de mejoras internas e infraestructuras como vía para romper con su aislamiento, e incluso apoyará en ocasiones políticas proteccionistas que alentasen la industrialización y desarrollo urbano en su sección, por lo que será una sección basculante en estas políticas. A mediados del siglo XIX y según se vaya poblando el valle del Mississippi, el Oeste irá perdiendo su carácter de sección distintiva para dividirse entre un suroeste esclavista indistinguible en sus intereses del viejo Sur, frente a un Noroeste poblado por pequeños agricultores libres alineados con el Norte contra la idea de la expansión de la esclavitud en los nuevos territorios (Ransom, 1989, 33-40).

Coetánea al conflicto y la competición seccional, en esta época acontecerá la conformación de la democracia como sistema institucional y cultura política en los Estados Unidos. Alexis de Tocqueville será testigo y reflexionará sobre la revolución democrática en ciernes, inmortalizada en su *Democracia en América* (Tocqueville, 2012, 91-98, 278-287; Aguilar Rivera, 2019, 64-69).

Richard P. McCormick (1966) y posteriormente Sean Wilentz (2005) han defendido una posición aceptada durante largo tiempo al señalar que la *democracia jacksoniana* de la década de los 30 del siglo XIX terminó con el voto censitario trayendo el derecho al voto universal para todos los varones blancos sin distinción de clase. Frente a esta tesis Donald Ratcliffe ha sugerido recientemente que la democracia jacksoniana no fue la responsable del sufragio universal masculino, sino que este movimiento habría codificado y apuntalado una tendencia de ampliación del voto cuyos orígenes se remontarían a la época colonial. Esta tendencia se habría acelerado con la revolución americana y la aprobación de las constituciones estatales. La revolución jeffersoniana de 1800 habría relajado los requisitos fiscales y de propiedad de tal modo que prácticamente se habría alcanzado la democracia universal masculina blanca, si bien el derecho al voto seguía siendo una prerrogativa legislada en cada uno de los Estados sin que hubiera homogeneidad a nivel federal (Ratcliffe, 2013, 219-254).

Quienes quedaron conscientemente excluidos del derecho al voto fueron las mujeres y afroamericanos. El Estado de New Jersey fue el único en otorgar el derecho al voto censitario sin especificar el género en su constitución, y las mujeres acaudaladas pudieron votar en dicho Estado hasta que en 1807 se prohibió expresamente. En el caso de los afroamericanos estos tenían prohibido votar en el Sur sin importar su estatus legal (esclavos o libres), si bien en algunos Estados del norte pudieron ejercer el voto si concurrían con los requisitos impositivos o de renta exigidos por la ley. Sin embargo, durante la *Antebellum Era* vieron también restringidos sus derechos en Estados como New Jersey (1807), Pennsylvania (1838) o Nueva York (1821) (Wilentz, 2005, 117-122, 201-202). Por este motivo, la era de la ampliación democrática para los varones blancos lo fue también de restricción de sus derechos para el resto de grupos sociales.

Esta será una de las razones por las que en la *Antebellum Era* surgirán distintos movimientos de reforma social que buscarán mejorar las condiciones de los políticamente excluidos, utilizando métodos de protesta pacífica y por medio del asociacionismo. Pero a diferencia del populismo agrario y democratizador de la misma época, los movimientos de reforma social tendrán un marcado carácter religioso (protestante) y burgués, siendo el medio predilecto de las clases medias del Norte para vehicular sus demandas de cambio social (Thomas, 1965, 656-658, 660-662, 668). Esto, sin embargo, no va a impedir que surjan

propuestas políticas radicales dentro del reformismo social, sobre todo vinculadas al sufragismo y al movimiento abolicionista (este último fuertemente feminizado y con una fuerte presencia de esclavos libertos que diversificaron el carácter de clase del movimiento). Si bien el sufragismo de la *Antebellum Era* tuvo su cénit con la convención de Seneca Falls en 1848, el abolicionismo irá penetrando en cada vez más sectores de la sociedad hasta convertirse en dominante en las secciones norte y noroeste a principios de 1860.

Por todo lo expuesto, la *Antebellum Era* va a encontrarse marcada por un patrón político basado en un difícil equilibrio entre competición y compromiso seccional, acompañado y espoleado por una lenta pero constante ampliación territorial, así como por las tensiones resultantes por el declive de la sociedad agraria y el advenimiento de la sociedad de masas a consecuencia del desarrollo del capitalismo manufacturero en el Norte (Moore, 1966, 115-116). La progresiva ampliación del voto generó nuevos imperativos políticos para atender a las demandas de sectores cada vez más amplios de población, lo que complicó la gestión informal del conflicto político por medio de pactos entre élites. El resultado de este proceso va a dar lugar a una sociedad infinitamente más compleja que aquella que había surgido de la independencia de las colonias (1776) y que había alumbrado la constitución federal (1787). El viejo sistema republicano empezó a mostrar sus límites ante esta complicación del patrón político durante la *Antebellum Era*, lo que dará lugar a un remplazo del aristocratismo político instaurado por la generación revolucionaria desde un prisma republicano ilustrado, para dar lugar a una política popular y de masas con una fuerte raigambre populista.

### 3. El agrarismo republicano de Jefferson: éxito político y fracaso institucional

Tal y como sugerí en la introducción, el jacksonianismo fue un fenómeno político de carácter populista que alumbró al partido demócrata durante las décadas de los años 20 y 30 del siglo XIX. En la superficie de los acontecimientos políticos concretos, este evento podría explicarse como el resultado de la pericia de políticos ambiciosos que supieron aprovechar el colapso del primer sistema de partidos estadounidense para hacerse con la presidencia —Jackson— y fundar una eficiente maquinaria política con la que ganar elecciones —Van Buren— (Benson, 1970, 47-61; Hofstadter, 1948, 48-54).

Sin estar del todo errada, esta interpretación resulta incompleta e insatisfactoria, pues ignora las profundas transformaciones ideológicas que acontecieron en la segunda mitad de la *Era de los buenos sentimientos* (1823-28), años en los que colapsó el primer sistema de partidos instaurado por los Padres fundadores junto a buena parte de las certidumbres políticas que sostenían el sistema político hasta el momento (McCormick, 1996, 329-356). Como resultado de esta crisis de la ideología republicana ilustrada, aconteció un primer envite populista al sistema político estadounidense cuyo objetivo inicial era restaurar el espíritu original del republicanismo jeffersoniano (Ashworth, 1983, 16-28). Pero en el proceso acabó por alumbrar una cosmovisión democrática que ensalzaba al hombre común frente a las élites sociales y políticas.

En el origen intelectual de esta corriente populista se encuentra la ideología agrarista del republicanismo jeffersoniano. Esta tradición ideológica, muy influida por la tradición fisiocrática francesa y la teoría política de la facción *Country* de la ideología Whig inglesa contaba en las colonias norteamericanas con precedentes como el conde de Crèvecoeur, con sus *Letters from an American Farmer* (1782) y la *Justicia Agraria* (1797) de Thomas Paine. Sin embargo, su gran teórico sería Thomas Jefferson, cuyo pensamiento fue posteriormente sistematizado por John Taylor de Carolina en su obra *An Inquiry into the Principles and Policy of the Government of the United States* (1814). El pensamiento de Jefferson comenzó a conformarse durante la revolución americana, pero no alcanzó su plenitud hasta su enfrentamiento con Hamilton. La división con el político neoyorkino se produjo en muchos

frentes: en política exterior por la hostilidad de este contra la revolución francesa. Pero la mayor división se daría en la política interna. Hamilton se propuso fortalecer el gobierno federal dotándolo con un ejército permanente y una gran industria que se erigirían como los pilares federalistas del desarrollo nacional. Para lograr este objetivo sería necesario que el gobierno pudiera endeudarse a través de un banco nacional que administrase las finanzas públicas y apoyase el desarrollo del sistema bancario privado (Banning, 1978, 161-245; Wood, 2009, 95-110; Parrington, 1930a, 267-307; Parrington, 1930b, 10-19).

Pronto este programa dominó el gabinete de Washington, del que también formaba parte Jefferson como secretario de estado. El plantador virginiano consideró el programa federalista como una amenaza a la libertad e independencia logradas por la revolución, con lo que en 1796 se enfrentó al aparente sucesor de Washington —el vicepresidente John Adams— en la que fue la primera elección partidista de la historia estadounidense. Si bien Jefferson fracasó en este intento, saldría victorioso en la siguiente elección presidencial conocida como la *Revolución de 1800* (Wood, 2009, 140-160, 209-212).

El concepto de revolución en ese momento se encontraba en un proceso de redefinición semántica transitando entre su significado antiguo como restauración política y su nuevo sentido como transformación político-social<sup>3</sup>. Y la Revolución de 1800 bebía mucho de dicha tensión conceptual, pues por una parte el partido de Jefferson aspiraba a deshacer las reformas federalistas, devolviendo al país la simplicidad institucional de los orígenes de la república, donde un aparato estatal mínimo no interferiría en el autogobierno popular —ni tampoco en los intereses económicos de la élite esclavista— (Banning, 1978, 274-283). Pero, por otra parte, esta revolución también aspiraba a profundizar en el radicalismo republicano-plebeyo surgido de la revolución francesa para adaptarlo a la realidad americana, lo que se tradujo en múltiples iniciativas por lograr una democracia (masculina y blanca) lo más amplia posible, flexibilizando o eliminando los requisitos de renta para el voto, o sustituyéndolos por la demostración de haber contribuido a la hacienda pública (Ratcliffe, 2013, 235-237; Wood, 2009, 276-314).

El republicanismo agrario de Jefferson se basaba en el ideal del ciudadano autosuficiente, un individuo que debido a su independencia y virtud cívica podría defender el bien común por medio de su compromiso participativo en las instituciones republicanas y, en caso necesario, defendiéndolas por medio de la lucha armada contra la tiranía cuando esta amenazase los derechos naturales del individuo y los derechos históricos de la comunidad —de ahí la necesidad de una ciudadanía armada organizada en milicias regulada en la segunda enmienda— (Jefferson, 1984, 19-24, 209-216, 239-255, 288-289, 300-302; Smith, 1978, 3-12, 123-129; Parrington, 1930a, 342-356; Ashworth, 1983, 21-23, 28). En este sentido, el ideal agrarista de Jefferson mezclaba una concepción y defensa iusnaturalista de los derechos del individuo que se encontraba claramente presente en la Declaración de Independencia (y que será incorporada posteriormente al liberalismo) con una concepción historicista de las libertades públicas colectivas que bebe de dos tradiciones históricas:

1. De la tradición Whig inglesa Jefferson tomará el ideal del *yeoman* como paradigma del ciudadano independiente y comprometido cívicamente, que históricamente habría heredado sus libertades de la *Ancient English Constitution*, el conjunto de instituciones, tradiciones, usos y costumbres que el pueblo llano inglés de origen sajón habría defendido contra los intentos usurpatorios de la realeza y nobleza de origen normando. De esta manera, el ideal del pequeño propietario agricultor no solamente contaba con su independencia gracias a los medios materiales que garantizaban su

<sup>3</sup> Esta tesis se encuentra desarrollada en: M. Reguera (2018, 182).

autosuficiencia, sino además porque participaba de una lucha histórica contra la usurpación de sus libertades en tanto que miembro del pueblo sajón —y con ello se introdujo una concepción racial en el ideal de ciudadanía— (Pocock, 2008, 492-495, 643-644; Smith, 1978, 133-136).

2. De la tradición clásica Jefferson tomará el ideal del pastoralismo virgiliano, el tropo latino del ciudadano soldado que en tiempos de paz cuida de su propio sustento arando sus tierras, participando de las instituciones y magistraturas romanas, mientras que en tiempos de guerra defiende la *Res-Publica* uniéndose a las legiones. Jefferson incorporará este ideal romanizado de la ciudadanía a su idea de un *Imperio de la libertad*, el proyecto que buscaba garantizar el ideal agrario de la república y la independencia material de los ciudadanos estadounidenses mediante la adquisición de tierras en el Oeste americano. Durante su primer mandato hizo realidad este proyecto comprando a Napoleón la Luisiana en 1803 (Richard, 1994, 51-55; Shalev, 2009, 10-15; Pocock, 2008, 617-619, 638-643; Wood, 2009, 357-382; Jefferson y Foley, 1990, 99, 255 — Thomas Jefferson a George R. Clark, Monticello, 25 de diciembre de 1780 y Thomas Jefferson a James Madison, Monticello, 27 de abril de 1809—).

Sin embargo, y a pesar de la centralidad de los referentes clasicistas en su cosmovisión política, Jefferson, al igual que la mayoría de los Padres fundadores, romperá con la concepción aristotélica de la política a través de la idea del *experimento americano*: la constitución americana, las instituciones de la república (fundadas en la separación de poderes), junto al sistema representativo de gobierno, todo este entramado institucional vehicularía la política y el conflicto impidiendo que la demagogia y la tiranía corrompieran la república, cortando de esta manera con el problema de la *anaciclosis* polibiana, que habría malogrado todos los sistemas republicanos hasta la fecha. Esta idea del experimento será muy importante a la hora de redefinir el concepto de democracia, pues permitirá desembarazarse del ideal aristotélico de la constitución mixta como forma óptima dentro de las constituciones virtuosas, lo que a su vez posibilitaba desde la hipótesis del federalista 10 de Madison igualar república a sistema representativo, a lo que Jefferson añadirá una tercera equivalencia al vincular sistema representativo con democracia (y por ende, también con república). De manera que, si república es igual a sistema representativo y este último a su vez a democracia, la república se plebeyiza al democratizarse, pero siempre conservando su carácter institucional al ser un gobierno representativo (Schlesinger Jr., 1998, 28-29; Polibio, 2000, 149-162; Jefferson y Foley, 1990, 51 — Thomas Jefferson a Isaac H. Tiffany, Monticello, 26 de agosto de 1816—; Madison, 2012, 289-290).

Este es el motivo por el que el jeffersonianismo, a pesar de subrayar el carácter agrario de su ideología, su lucha por la ampliación democrática y de la centralidad de la figura de Jefferson y su referente carismático, su lógica interna sin embargo no será populista.

Por otra parte, el partido republicano de Jefferson, una vez llegó a las instituciones, se vio en la disyuntiva de no poder desmontar todo el entramado institucional erigido por los federalistas durante las presidencias de Washington y Adams si querían conservar un gobierno mínimamente operativo. Esto dio lugar a la paradoja de que, en las dos décadas de hegemonía del partido republicano de Jefferson (1800-1824), los tres presidentes de la *dinastía virginiana* (Jefferson, Madison y Monroe), siendo los tres jeffersonianos, tuvieron que transigir adaptando sus políticas al marco institucional generado por sus adversarios políticos (Banning, 1978, 290-302).

Esta situación generó una paradoja letal para el primer sistema de partidos que enfrentaba a federalistas con republicanos jeffersonianos. A un nivel electoral los republicanos fueron una fuerza imbatible gracias al prestigio de Jefferson, así como por la superioridad como candidatos

presidenciales de Madison y Monroe. Esto permitió a los republicanos imponer sus políticas democratizadoras y su ideal agrarista de sociedad en el debate político. Pero a un nivel de políticas públicas y de racionalidad de gobierno, el sistema ideado por los federalistas se impuso, subsumiendo y redefiniendo la agenda política de los republicanos. Los republicanos no fueron capaces de crear una lógica institucional y de gobierno propia, pues su ideología agrarista les impedía concebir el gobierno de otra manera que no fuera como un poder autoritario que restringía las libertades del individuo. Esta incapacidad ideológica de reinventar una racionalidad de gobierno republicanas generó un abismo entre su retórica política agrarista y su acción de gobierno federalista, contradicción que fue acentuándose con cada presidente (Wood, 2009, 291-314, 708-738).

A esto hay que añadir que la eficiencia electoral de los republicanos llevó a la disolución del partido federalista en tiempos de Monroe, con lo que hubo una desbandada de políticos federalistas al partido republicano que acentuó aún más su dinámica federalizante. En 1820, con la reelección de Monroe, los Estados Unidos se convertirá en una república representativa de partido único (May, 1975, 12-24; McCormick, 1966, 27). Esta situación, lejos de percibirse como un déficit democrático, fue celebrada por todos los actores políticos como una victoria del experimento americano sobre las luchas faccionales que habían dividido a las repúblicas en el pasado conduciéndolas a su caída. El sistema institucional americano había salido victorioso ante la división política probando la fortaleza de la constitución que lo sustentaba. A esta época se la denominó como la *Era de los buenos sentimientos*, desde la creencia de que la desaparición de la competición partidista permitiría iniciar una nueva etapa política dominada por el consenso institucional y no por la lucha y competición partidista. En el fondo dominaba aún en la mentalidad política un concepto del partido *Country* heredado de Bolingbroke y los whigs radicales ingleses, que concebía a estas instituciones como representantes de intereses faccionales-privados (contrarios al bien común) y no como vehículos representativos de la voluntad popular, por lo que la idea de una oposición leal y organizada no se consideraba legítima (Hofstadter, 1969, 1-39; Fernández Torres, 2018, 11-24).

La *Era de los buenos sentimientos* parecía cumplir la máxima que Jefferson expresó en su discurso inaugural: “Todos somos republicanos, todos somos federalistas” (Jefferson, 1801)<sup>4</sup>. Jefferson pretendía calmar la inquietud federalista ante su Revolución de 1800 expresando que desde su credo republicano las diferencias faccionales no tenían importancia, pues por encima de las diferencias faccionales todos buscaban trabajar por el bien común. Sin embargo, lo que dos décadas de hegemonía republicana habían demostrado era que, a pesar de la hegemonía política del partido republicano, las políticas de la dinastía virginiana habían terminado por adoptar las tesis federalistas. Las elecciones presidenciales de 1824, que debían decidir al sucesor de Monroe, pusieron fin al partido republicano de Jefferson y al republicanismo ilustrado que alumbró la revolución americana.

#### **4. Populismo e institucionalismo en la fundación del partido demócrata**

Las elecciones de 1824 fueron una contienda presidencial singular. Estas elecciones eran las primeras en las que no participaba ningún Padre fundador y a ellas se presentaron cuatro candidatos pertenecientes al mismo partido. Los miembros de la dinastía virginiana habían elegido a William H. Crawford de Georgia como su sucesor. Candidato sudista y secretario del tesoro de Monroe, era un político débil y sin carisma, pero fue favorecido debido a su ortodoxia jeffersoniana, una decisión refrendada por el caucus congressional del partido. Sin embargo, esto no impidió que surgieran otros cuatro contendientes: John Q. Adams de Massachussets, hijo del expresidente John Adams, antiguo federalista reconvertido en republicano y secretario

---

<sup>4</sup> Consultado en <https://avalon.law.yale.edu> el 20/07/2022, 11:26 h.

de estado de Monroe, se convirtió rápidamente en el favorito de todas las proyecciones electorales para suceder a Monroe. El secretario de guerra John C. Calhoun de Carolina del Sur, principal teórico y defensor de la esclavitud, también se presentó; sin embargo, fue convencido para retirarse a cambio de la vicepresidencia si Quincy Adams ganaba. Finalmente, dos políticos antitéticos del Oeste que no habían pertenecido al gobierno de Monroe presentaron también sus candidaturas: el representante de Kentucky y presidente del Congreso Henry Clay, a pesar de ser un republicano presentó un programa neofederalista con su idea del *American System*; y el general retirado Andrew Jackson fue convencido por la asamblea de su Estado (Tennessee) para presentarse y defender los principios de Jefferson ante la más que probable victoria de Quincy Adams sobre Crawford (May, 1975, 24-64, 132-189; Wilentz, 2005, 240-242).

Con Calhoun fuera de la carrera, cuatro candidatos se presentaron a las elecciones presidenciales por el partido republicano, aunque solo Crawford contaba con el apoyo oficial de la organización. El historiador Ernest R. May, analizando la correspondencia de los políticos republicanos antes de las elecciones, descubrió que, en base a todas las proyecciones realizadas con anterioridad a la votación, la mayor parte de la clase política ya contaba con que ningún candidato conseguiría la mayoría necesaria en el colegio electoral para ganar las elecciones, lo que en base a la doceava enmienda de la constitución implicaría que habría que convocar unas elecciones especiales para que el Congreso eligiera al ganador entre los candidatos. Según las estimaciones realizadas antes de las elecciones, Quincy Adams era el candidato favorito, seguido por Clay, Crawford y por último Jackson. Las estimaciones fueron relativamente certeras, salvo por un detalle que lo cambiaría todo: contra todo pronóstico Jackson se erigió como el ganador de las elecciones con un 41% del voto popular, seguido por Quincy Adams 31%, Clay 13% y en último lugar el candidato oficial del partido Crawford con un 11% (May, 1975, 168-179)<sup>5</sup>.

A pesar de ganar en voto popular, Jackson se quedó a un estado (12/13) de vencer en el colegio electoral, por lo que el congreso debía elegir al ganador de las elecciones. Henry Clay era en ese momento el presidente del Congreso, pero era consciente de que no contaba con suficientes votos del colegio electoral para ser elegible. Sin embargo, Quincy Adams era un antiguo federalista e hijo del último presidente federalista en ocupar el cargo (y por lo tanto la alternativa ideal para aplicar su idea del *American system*). Clay pactó con Quincy Adams influir en el Congreso para nombrarle presidente a condición de aplicar el *American system* y de obtener la secretaría de estado (lo que le convertiría de facto en su potencial sucesor). Quincy Adams aceptó y se convirtió en el sexto presidente de los Estados Unidos (Wilentz, 2005, 243-253).

La inesperada victoria de Jackson en el voto popular y la subsiguiente maniobra de los políticos del Congreso para negarle la presidencia se conoció como *el pacto corrupto*, y tuvo consecuencias profundas que terminaron por aniquilar el primer sistema de partidos instaurado tras la revolución. La base social y electoral del partido republicano había roto con la voluntad de sus líderes para dar su apoyo a un outsider quien, sin contar con el apoyo de Jefferson, presentó su candidatura con intención de restaurar el legado jeffersoniano bajo la percepción de una amenaza de entrismo federalista representada por candidatos como Quincy Adams o Clay (Schlesinger Jr., 1946, 18-32; Remini, 1988, 8-18).

La figura del general Andrew Jackson, por otra parte, funcionó como catalizadora de las esperanzas y ansiedades de una sociedad en transformación ante el recrudecimiento del conflicto seccional y la aceleración en la conformación de la sociedad industrial de masas. El mito agrario jeffersoniano seguía siendo tremendamente sugestivo como ideal político ante los

---

<sup>5</sup> Agradezco al profesor Jack Maddex de la Universidad de Oregón que me comentase la existencia de estos estudios preelectorales y me proporcionase esta fuente.

problemas de la sociedad americana, pero Jefferson era demasiado anciano para restaurarlo y su partido parecía no responder a los principios agrario-republicanos de su fundación. En este sentido, Jackson emergerá, en palabras de John W. Ward, como símbolo de su era: como un héroe nacional-popular quien, mediante su voluntad de hierro, estaría llamado a restaurar un sistema político secuestrado por élites partidistas antidemocráticas que, por medio de pactos corruptos, habrían subvertido la voluntad popular pactando entre ellas la presidencia, con el objetivo último de subvertir el sueño agrarista jeffersoniano mediante la política comercial e industrial del *American System* de Clay (Ward, 1979, 207-213; Peterson, 1960, 69-87).

Jackson, por su parte, respondería a lo que Alberto Cañas de Pablos ha denominado como *Centauros carismáticos*, una tipología de políticos de extracción militar inspirada en la figura de Napoleón Bonaparte. Estos generales forjados en los ejércitos milicianos popularnapoleónicos provenían en muchos casos de estratos sociales humildes y su paso por el ejército simbolizaba un cruce entre los ideales de virtud cívica y entrega patriótica del republicanismo ilustrado, las aspiraciones de movilidad social e individualismo del liberalismo junto al sueño popular democrático de que el protagonismo de la historia ya no estaría reservado exclusivamente para monarcas y aristócratas. Durante el siglo XIX estos generales-políticos aprovecharon su carisma, caudillismo y victorias militares para alzarse como héroes populares y salvadores patrios, irrumpiendo en la política liberal de partidos para transformarla desde posiciones césaro-bonapartistas (Cañas de Pablos, 2022, 15-40).

El carácter plebeyo de hombre hecho a sí mismo fue siempre resaltado por el aparato electoral de Andrew Jackson, desde las elecciones de 1824 hasta su última contienda en 1832. No en vano, Jackson fue el primer presidente de los Estados Unidos que no perteneció a la élite patricia de los Padres fundadores, ni en estar emparentado con ninguno de ellos. Huérfano a causa de la revolución, Jackson migró en cuanto pudo a la Frontera de Tennessee en donde encarnó la figura del pionero hecho a sí mismo dedicándose a especular con tierras, a la abogacía y a la política. Años más tarde sus adversarios le acusarían de ser un iletrado sin educación apoyado por una plebe ignorante, por lo que le apodaron el “burro Jackson”. Jackson respondió a este insulto adoptando el burro como su símbolo personal, por ser un animal que representaba el trabajo rural, el tesón y la testarudez. Por este motivo más adelante el partido demócrata haría suyo este símbolo del populismo agrario (Turner, 1986, 254-256).

A pesar de sus orígenes humildes Jackson estuvo lejos de vivir en la penuria. Sus actividades en la Frontera dieron sus frutos, pues adquirió tierras especulando con terrenos que por tratados pertenecían a las tribus Cherokee y Chickasaw, permitiéndole convertirse en esclavista y poseer 300 esclavos en su plantación de The Hermitage. En este sentido, Jackson podía presentarse como un ejemplo de emprendimiento y de hombre hecho a sí mismo anticipando la idea del sueño americano, un sueño construido en el caso de Jackson bajo la explotación esclavista y la desposesión nativa.

Jackson terminaría por construir su fama personal en las campañas militares de la década previa a 1824. Su inesperada victoria en la defensa de Nueva Orleans contra el ejército inglés en 1815 le valió un status legendario, pues con un ejército claramente inferior y sin apenas sufrir bajas derrotó a los veteranos que habían luchado con Wellington en las guerras napoleónicas de la península ibérica. Jackson además comandó al ejército estadounidense en las guerras contra las tribus Seminolas en la Florida española, lo que acabó por presionar a España para venderla en el tratado de Adams-Onís de 1821, llevando a Jackson a servir como primer gobernador del territorio. La dureza y determinación mostrada por Jackson en sus campañas militares le valieron el apodo de *Viejo Nogal* (Old Hickory), lo que contribuirá a su imagen en términos de una masculinidad recia, individualista y desafiante que conectaba con el mito del pionero indómito del salvaje Oeste. Sus múltiples conflictos con las naciones indias del Sur y el Suroeste recalcaron esta imagen cimentando aún más su popularidad entre los

plantadores esclavistas y las clases populares, especialmente entre los agricultores y pioneros del Oeste.

Sin embargo, la popularidad y el carisma de Jackson no fueron los únicos ingredientes que le condujeron a su victoria electoral en 1828. Su alianza con Martin Van Buren fue fundamental en la fundación del partido demócrata. Si la gran aportación de Jackson fue el liderazgo carismático de una figura que podía representar y aunar las demandas y aspiraciones de múltiples sectores sociales, la aportación de Van Buren fue la conformación de una maquinaria política con la que tomar y gestionar las instituciones: el primer partido político de masas.

Frente al héroe militar de la frontera, Van Buren representaba la figura del político de carrera, profesional, urbanita y democrático. Durante los años 20 del siglo XIX, Van Buren construyó en la filial neoyorquina del partido republicano de Jefferson una facción de políticos enfrentados a la familia patricia de los Clinton (también jeffersoniana) que manejaba el partido a nivel local. Desde la época colonial la política local era controlada por grandes familias que competían entre sí movilizandore redes clientelares y recursos propios para hacerse con las magistraturas y determinar la vida pública en su área de influencia. Esta competición entre élites tenía como principal objetivo colocar a su red clientelar en las instituciones coloniales para obtener ventajas políticas y económicas, a la par que proveían de trabajo a los miembros de su red. Tras la revolución, federalistas y republicanos adaptaron sus partidos a esta realidad, reclutando a estos caciques patricios y a sus redes clientelares para conseguir implantación territorial (Wallace, 1968, 454-455).

En Nueva York Van Buren organizó contra De Witt Clinton la facción *Bucktail*, compuesta por jóvenes políticos ajenos a las redes clientelares de los Clinton que buscaban modernizar el partido para potenciar y aprovechar el proceso de ampliación democrática que el jeffersonianismo estaba propiciando. Lo que Van Buren comprendió muy pronto es que en un contexto de ampliación democrática la movilización popular se volvería fundamental en el proceso de elección de representantes, quienes ya no podrían depender exclusivamente de su estatus social a la hora de adquirir distinción pública y ser electoralmente competitivos. Este carácter antiaristocrático de la política democrática de masas hacía necesario constituir organizaciones que articularsen la movilización y el apoyo popular con el objetivo de representar sus demandas por medio de leyes y políticas públicas (Hofstadter, 1969, 219-224; Wallace, 1968, 455-456).

En este contexto, Van Buren y sus seguidores llevaron a cabo en su campaña contra De Witt Clinton una redefinición de la institución partidista: había que acabar con la idea del partido de notables organizado por medio de redes clientelares para forjar un partido entendido como una organización política profesionalizada, democráticamente estructurada y gobernada a través de procedimientos prefijados. De esta manera, los partidos debían articularse como asociaciones democráticas dirigidas por la mayoría de sus miembros y gobernadas por procedimientos acordados por ellos que evacuasen la arbitrariedad de los caciques (Wallace, 1968, 454, 457; Weber, 2014, 178-179).

Van Buren consideraba que su concepto de partido estaba rescatando el ideal republicano de compromiso cívico a través de la participación en las instituciones propia del jeffersonianismo. También consideraba que su nueva noción de partido restauraba el ideal *Country* antifaccional expresado por Bolingbrocke y los whigs radicales en la Inglaterra del S. XVIII, pues el nuevo partido permitiría superar la lucha faccionalista de los caciques patricios que utilizaban los partidos para sus intereses privados. Lo cierto es que Van Buren y los Bucktails, lejos de estar restaurando un ideal jeffersoniano-bolingbrockeano estaban innovando con una nueva forma de partido que serviría para redefinir la institución en términos liberal-democráticos (Van Buren, 1967, 1-33, 421-424; Wallace, 1968, 471-474; Hofstadter, 1969, 225-226).

Como consecuencia de esta innovación conceptual-institucional, se terminaba con la idea bolingbrockeana y whig del partido entendido como una facción organizada para la promoción de intereses particulares por encima del bien común, para comprender el partido como una organización racionalmente organizada de cara a representar las demandas populares entendidas como unos intereses particulares que pueden aportar al bien común. De esta manera, como el interés particular ya no se entiende enfrentado al bienestar colectivo, es posible aceptar el pluralismo partidista y la alternancia en el gobierno como una virtud de la democracia representativa y no como un defecto desestabilizador de esta. Nace así la idea de una oposición leal y legítima que había sido rechazada por los Padres fundadores y por los políticos de la *Era de los buenos sentimientos* (Remini, 1959, 140-141, 187, 192-193; Wallace, 1968, pp. 460, 479; Hofstadter, 1969, 252-271; Weber, 2014, 173-177, 1076-1094).

Como efecto colateral de la nueva noción de partido Van Buren surge la figura del político de carrera que se profesionaliza mediante el control de los resortes institucionales de la nueva forma partidista. Van Buren y sus colaboradores Bucktails fueron un ejemplo paradigmático de esta nueva clase política quienes, aprovechando los cambios que fueron introduciendo en el partido republicano de Nueva York, se hicieron con las instituciones mediante el control de los procedimientos. Van Buren y sus socios establecerían la *Regencia de Albany*, una agrupación informal de poder que generaría una sinergia por la cual, mediante la disciplina de partido se podría organizar una maquinaria eficiente para conquistar puestos institucionales en el Estado de Nueva York, lo que más tarde permitiría cimentar la posición de poder de sus miembros dentro del partido de masas, actualizando de esta manera un tipo de poder patrimonial a partir de una racionalidad de poder legal-racional. Van Buren no era solo un gran visionario institucional, sino que además contaba con un avezado olfato político, y su pericia e ingenio le llevó a ser conocido como El pequeño mago o el Zorro rojo de Kinderhook (Wallace, 1968, 454-460; Hofstadter, 1969, 239-252).

Van Buren como gran admirador de Jefferson apoyó a Crawford en las elecciones de 1824, pero tras la derrota de su candidato y en calidad de senador por Nueva York organizó en Washington la oposición a la administración de Quincy Adams, lo que le llevó a coincidir con Jackson. Ambos compartían desde su ideología agraria jeffersoniana su miedo a la restauración de la política federalista, en especial a un gran intervencionismo estatal que favoreciese a los capitalistas industriales del Norte frente a la América popular de carácter agrario. Por este motivo ambos defendían una posición que favoreciese el derecho de los Estados frente al gobierno federal, una interpretación estricta de la constitución y su hostilidad hacia las instituciones financieras, cuyo poder amenazaba la voluntad democrática popular, pues por medio de su influencia económica podía imponer su interés sobre el de la mayoría en el proceso de toma de decisiones políticas.

A finales de 1826 Van Buren se propuso reconstruir el partido republicano para tomarlo de las manos de la administración de Quincy Adams y regenerarlo en sus principios jeffersonianos fundacionales. Van Buren sabía que Andrew Jackson buscaba vengar la usurpación de su victoria en 1824, por lo que puso a su disposición a los políticos de la Regencia de Albany y la maquinaria político-electoral que habían creado en su lucha contra De Witt Clinton. Van Buren era consciente de que los antecedentes de Jackson asegurarían los votos del Oeste y probablemente de parte del Sur, pero el Norte se encontraba dividido entre la subregión de Nueva Inglaterra que sería siempre leal a Quincy Adams y los Estados del Atlántico Medio como Nueva York o Pennsylvania que podían ser ganados para Jackson. Pero con John C. Calhoun como su vicepresidente, Quincy Adams podía ser competitivo en el Sur, decantando la victoria a su favor. Era necesario consolidar el Sur para que la victoria de Jackson fuera interseccional y anular así la ventaja institucional de Quincy Adams como presidente en el poder (Remini, 1959, 124-126; Hofstadter, 1969, 236-238; Peterson, 1960, 20-29).

Van Buren estaba al corriente de la incomodidad de Calhoun en el gabinete de Quincy Adams, pues temía que el creciente intervencionismo federal resultante de la aplicación del *American System*, pudiera abrir la puerta en un futuro a un intervencionismo federal contra la esclavitud. Calhoun tenía una filosofía política fundada en la idea de la lucha de clases: la historia de la humanidad era una historia de lucha de clases, en la que el plantador obtenía su riqueza de la explotación del esclavo negro, así como el industrial obtenía la suya de la explotación del trabajador libre (a los que Calhoun denominaba como esclavos asalariados o *wage slaves*). Pero desde una óptica conservadora y paternalista veía en esto una virtud y no un error social a corregir. Desde su perspectiva aristocrática las clases subalternas nunca podrían autogobernarse exitosamente, por lo que necesitaban a las clases dominantes quienes, aunque explotadoras, generaban un orden social donde florecía la civilización, la seguridad y la abundancia. Calhoun consideraba que en el proceso de desarrollo industrial el interés de los esclavistas y capitalistas se encontraban en competición, ya que los industriales no requerían para nada de los esclavos, de la misma manera que los esclavistas eran indiferentes ante la suerte de los trabajadores libres. Durante mucho tiempo Calhoun exhortó a los representantes del capitalismo industrial a una defensa mutua de su posición e intereses de clase, pero estaba más que dispuesto a favorecer a los representantes de los trabajadores si eso suponía defender la esclavitud (Hofstadter, 1948, 67-71, 76-91; Parrington, 1930b, 69-81, 93-98; Ashworth, 1983, 239-241).

Van Buren había compartido muchas sesiones del senado con Calhoun y conocía sus posiciones. Como representante de las clases populares urbanas (bajo el apelativo de *Plain republicans*) se dirigió a Calhoun para proponerle que abandonase a Quincy Adams para revivir la alianza agraria fundada por Jefferson. Jackson podía revertir las políticas intervencionistas del gobierno de Quincy Adams al que el mismo Calhoun pertenecía, pero en clara minoría frente al influyente Clay. El *Viejo Nogal* podía conseguir los votos del Oeste gracias a su popularidad militar e historial contra los nativos. Van Buren podría conseguir los votos de buena parte de las clases populares urbanas del Norte y, si Calhoun y los esclavistas no interferían en su lucha por la adquisición de derechos, los representantes de las clases populares del Norte no apoyarían posiciones abolicionistas. Calhoun tenía mucho predicamento entre el resto de esclavistas y accedió a convencerles de que estaba en su interés apoyar a un candidato avalado por políticos radicales del norte (Remini, 1959, 129-144; Ashworth, 1983, 243).

De esta manera Van Buren con la ayuda de Calhoun contribuyeron a constituir la *coalición jacksoniana* que, en pocos años, se institucionalizaría como un nuevo partido: el partido de la democracia o partido demócrata. Esta coalición se encontraba articulada por medio del símbolo carismático “Jackson”, que actuaba como significante vacío que vinculaba, sintetizaba y delimitaba en su figura las demandas insatisfechas del agrarismo jeffersoniano y de las distintas clases sociales que podían verse representadas por él: los esclavistas del sur, los granjeros y pioneros del Oeste y las clases populares del Norte; tanto entre el pequeño artesanado amenazado por la competencia de las manufacturas, como entre los trabajadores manufactureros para los que la promesa de la emigración a las tierras del Oeste suponía una esperanza con la que escapar de su miseria urbana. El incipiente proyecto demócrata era una alianza interclase unida por un ideal de justicia social agraria, articulada y representada por un referente carismático en la figura de Jackson, que podía unificar todas las demandas en la promesa de una ampliación democrática que, si conseguía conquistar la presidencia, redimiría la república de su actual secuestro por parte de la aristocracia política y monetaria, devolviendo el poder al pueblo. Esta promesa podría materializarse gracias al apoyo de una maquinaria electoral en la figura del nuevo partido Van Burista, capaz de maximizar las inercias políticas de la competición democrática (Moore, 1966, 127; Weber, 2014, 847-855; Laclau, 2005, 70-83).

Esta tesis de la coalición jacksoniana como una alianza interclase de fuerzas sociales contrarias a los efectos del desarrollo industrial capitalista fue por primera vez formulada por Arthur M. Schlesinger Jr. en lo que se conoció como la *Jackson Wage Earn Thesis* que, si bien obtuvo mucha popularidad en la época del New Deal como una suerte de justificación histórica de las políticas de F.D. Roosevelt, también fue muy criticada por la conservadora historiografía del consenso. Richard Hofstadter propuso una interpretación alternativa considerando que la coalición jacksoniana no era popular en su composición y anticapitalista en su ideología, sino que representaría a una sección de las clases medias que buscaban promover una forma de capitalismo emprendedor y populista contrapuesto al capitalismo institucional de la gran banca organizada. En los años 60 del siglo XX el historiador Lee Benson vino a refrendar esta hipótesis defendiendo que, a pesar de su radicalismo retórico, la democracia jacksoniana nunca se planteó la superación del capitalismo ni de la democracia liberal, dos pilares que se asentaron en la época de su surgimiento como el consenso hegemónico del sistema político-social americano. Para Benson el criterio de apoyo a la democracia jacksoniana no venía influido por la clase social, sino por criterios etnoculturales (Schlesinger Jr., 1946, 505-523; Hofstadter, 1948, 44-48, 54-57, 65-66; Benson, 1970, 329-338)<sup>6</sup>.

Dos décadas después y con el auge de la historia social, autores como Sean Wilentz y John Ashworth volvieron a restaurar de manera matizada muchas de las hipótesis de la *Jackson Wage Earn Thesis*. Wilentz volvió a reintroducir la perspectiva de clase en su análisis del jacksonianismo, argumentando que en una época en que los inmigrantes (irlandeses) tendían a ocupar los escalafones más bajos de la estructura social, el hecho de que estos apoyasen masivamente al jacksonianismo y fueran un grupo privilegiado por los jacksonianos debería de llamar la atención sobre la interconectividad de la dimensión económica y cultural en el análisis del fenómeno. Por otra parte, Wilentz atacó la idea de considerar el jacksonianismo como un movimiento liberal y de clases medias, argumentando que su composición de clase era demasiado variada por su carácter interseccional, y su imaginario político aún respondía al paradigma agrario-republicano de Jefferson, pero adaptado a las problemáticas de la incipiente sociedad de masas. Por este motivo para Wilentz, liberalismo y republicanismos lejos de contraponerse se fusionaron en el proyecto político del partido demócrata. Pero a diferencia del conservador partido whig, el partido demócrata y los políticos jacksonianos representaron una visión crítica con el proceso de desarrollo capitalista desde posiciones republicano-liberales (Wilentz, 1982, 45-47, 53-59).

Ashworth compartirá buena parte del análisis de Wilentz, pero se separará de él en un aspecto muy importante: la pluralidad de actores que compusieron en sus orígenes la coalición jacksoniana hace que sea problemático interpretar la posición ideológica del jacksonianismo como un conjunto monolítico. Si bien todos podían coincidir en su admiración hacia Jefferson, Jackson y la necesidad de restaurar el proyecto agrario del partido republicano, la diversidad de actores en términos seccionales, de clase y en su grado de profesionalización política llevó a que surgieran pronto distintas facciones dentro del partido con divergencias tanto ideológicas como en sus proyectos de sociedad. De esta manera, durante las presidencias de Jackson (1828-1836) y de Van Buren (1836-1840) se iría formando una facción radical y plebeya conocida como el movimiento *locofoco* que representaría las posiciones más claramente populistas, antiburguesas y anticapitalistas del partido, frente a una nueva casta de demócratas conservadores surgidos de entre los esclavistas y los políticos profesionales de las ciudades quienes, si bien eran favorables a un cierto grado de reforma social, nunca se propusieron transformar la sociedad capitalista-liberal en los Estados Unidos. Entre ambas facciones Van Buren y los jacksonianos ortodoxos jugaron a un complicado equilibrio entre populismo e

---

<sup>6</sup> En este y en los siguientes párrafos sintetizo un debate historiográfico que ha implicado a muchos más autores. Sin embargo, considero que la problemática y su evolución se encuentra bien presentadas.

institucionalismo que definieron la política del compromiso del partido demócrata, que aprovecharía el empuje contestatario de su vertiente populista para remodelar las instituciones democrático-liberales estadounidenses (Ashworth, 1983, 29-35, 92-99, 125-131, 174, 219-221, 269).

Las elecciones de 1828 supusieron el primer momento de despliegue de esta unidad dialéctica entre modos populistas y lógica institucionalista: la contradicción aparente entre populismo e institucionalismo se reveló como una combinación generadora de nuevas experiencias políticas que definirían la lucha electoral y la naturaleza de los partidos de masas en la política democrática de ese momento y en el futuro.

Van Buren sugirió a Jackson que en enero de 1828 viajase a Nueva Orleans desde su plantación en Tennessee para conmemorar su gran hazaña bélica y recordar al electorado sus muchas cualidades presidenciales. En el trayecto el tren fue parando en todas las poblaciones dando la oportunidad a Jackson para dirigirse a la gente y denunciar a las élites aristocráticas corruptas de la administración de Quincy Adams a la par que señalaba la amenaza antidemocrática del sistema bancario. Los hombres de Van Buren y sus periódicos afines prepararon el terreno de antemano anunciando la llegada del candidato y generando grandes expectativas entre la población. Había nacido la primera gira electoral de la historia. Era la primera vez que un candidato a la presidencia se dirigía directamente al pueblo, y la experiencia causó una gran impresión, siendo noticia en todo el país. A lo largo de los Estados Unidos la red de políticos republicanos leales a Van Buren y Jackson organizaron barbacoas a las que era invitada la población y en donde entre bebidas alcohólicas y comida gratuita los políticos locales pro-jacksonianos recitaban la propaganda de campaña. Se inventaron canciones para la ocasión en las que se vilipendiaba el elitismo de la administración a la par que se resaltaban las cualidades populares, militares y fronterizas del candidato, siendo "Hunters of Kentucky" una de las más populares. Se desplegó el mayor esfuerzo coordinado de la prensa para favorecer la causa de Jackson y criminalizar a Quincy Adams. Se llegó incluso a prefabricar un escándalo sobre la compra de una mesa de billar para la Casa Blanca con la que presentar a Quincy Adams como un despilfarrador del tesoro público (Parsons, 2009, 133-158; Remini, 1959, 192-193).

Pero la campaña no fue orquestada exclusivamente por el aparato político de Van Buren. A lo largo del país surgió un movimiento de base organizado a través de comités de correspondencia que se encargaban de transmitir y producir propaganda de campaña, organizar caucus, discusiones y mítines públicos en los que hablar de Jackson y de su cruzada contra el establishment de Washington. También se crearon Clubs del Nogal (en referencia al mote de Jackson *Old Hickory*) que organizaban plantaciones de nogales en los que la gente se reunía para hablar y socializar políticamente a la par que se transmitía la propaganda del candidato (Parsons, 2009, 138).

Jackson derrotó a Quincy Adams convirtiéndose en el séptimo presidente de los Estados Unidos y el primero en no tener ninguna vinculación con los Padres fundadores. La coalición Jacksoniana que conquistó la Casa Blanca desplegando una compleja estrategia de discurso populista junto a un refinado uso de las técnicas electorales no tenía un programa claro de gobierno, más allá de la vaga promesa de restaurar el republicanism agrario de Jefferson. Su acción de gobierno, a diferencia de la emprendida por el partido republicano de Jefferson, sí que intentaría implementar una lógica de gobierno alternativa a la política federalista dominante en las instituciones. El caso más destacado del carácter populista de la política jacksoniana fue la Guerra del Banco, que desde 1829 a 1836 constituyó el intento de los jacksonianos por desarticular el poder del sistema financiero estadounidense eliminando su principal agente regulador, el Segundo Banco de los Estados Unidos.

El Segundo Banco de los Estados Unidos era una entidad privada controlada por los principales banqueros del país que tenía control sobre los depósitos públicos, lo que implicaba que los recursos federales se encontraban en manos y control de las principales fortunas del

país. El enfrentamiento de Jackson contra Nicholas Biddle (líder del Segundo Banco) fue presentado en su discurso de veto a la renovación de la licencia gubernamental al Segundo Banco en términos de una lucha enfrentada a “todas las nuevas concesiones de monopolios y privilegios exclusivos, en contra de cualquier prostitución de nuestro Gobierno para el avance de unos pocos a expensas de los muchos y a favor del compromiso y la reforma gradual en nuestro código legal y sistema de economía política” (Jackson, 1832<sup>7</sup>; Temin, 1969, 15-27, 44-58; Ashworth, 1983, 43-47; Schlesinger Jr., 1946, 74-102).

La Guerra del Banco supondrá uno de los mayores experimentos políticos por contener y combatir el creciente poder del sector financiero en tanto que amenaza a la prevalencia de la voluntad popular en el proceso político democrático. El problema fundamental del sistema bancario para los jacksonianos radicaba en que comprometía el ideal jeffersoniano del ciudadano independiente en tanto que individuo autosuficiente, pues a través del crédito y del endeudamiento generaba nuevas formas de dependencia por parte de la población con las instituciones privadas, que podían condicionar mediante su poder económico la vida de los ciudadanos y la voluntad de sus representantes electos.

Los jacksonianos no tenían una alternativa clara en términos institucionales al sistema financiero estadounidense (Van Buren daría más tarde con ella en la forma del Banco Independiente), pero contaban con un ideal social regulativo en la forma del paradigma agrario jeffersoniano, cuyo valor como horizonte político prevaleció sobre consideraciones pragmáticas de la gobernanza económica. En 1836 la licencia del Segundo Banco expiró y el veto de Jackson a su reedición supuso un duro golpe para el sistema bancario estadounidense, el cual carecía de ningún agente regulador que pudiera intervenir en la crisis económica global de 1837. En retrospectiva esto supuso un duro golpe para el proyecto jacksoniano que acabaría pagando Van Buren durante su presidencia. Pero las iniciativas antibancarias no se detuvieron en la Guerra contra el Banco. Los jacksonianos introdujeron en la constitución de muchos nuevos estados como Wisconsin, Arkansas o Luisiana enmiendas constitucionales que prohibían expresamente el establecimiento u operación de instituciones bancarias en sus territorios, con el objetivo de intentar frenar la extensión de las instituciones financieras en la Frontera (Ashworth, 1983, 87-90, 236; Temin, 1969, 165-177; Schlesinger Jr., 1946, 250-266).

El populismo jacksoniano también fue clave en la institucionalización del racismo estadounidense. El pacto jacksoniano entre esclavistas y representantes de las clases populares del norte fue una salvaguarda para la esclavitud que no desaparecería hasta la década de los 50 del siglo XIX, cuando el Acta de Kansas-Nebraska rompió el equilibrio seccional alcanzado con el Compromiso de Missouri. Durante la presidencia de Jackson, Martin Van Buren maniobró para anular el poder del vicepresidente Calhoun antagonizándolo con la Tarifa de las Abominaciones, que llevó al teórico sudista a romper con Jackson promoviendo la nulificación de las tarifas en Carolina del Sur y la desobediencia al gobierno federal. Jackson acabaría por favorecer a Van Buren sobre Calhoun situándolo como su vicepresidente tras las elecciones de 1832 y posicionándolo como su sucesor de facto. Sin embargo, esto no supuso una ruptura completa con los esclavistas, cuyos intereses fueron defendidos por la corte suprema del juez jacksoniano Roger B. Taney, autor de la infame sentencia de Dred Scott (1857) que negaba explícitamente la ciudadanía a cualquier persona negra (Ransom, 1989, 100-109, 123-126, 134-154; Remini, 1988, 83-111).

Sin embargo, la principal política institucional racista de la Era Jackson sería el Acta de remoción india (1830) dictada por Andrew Jackson y ejecutada por Van Buren. Esta política genocida desposeyó de sus tierras a las cinco naciones indias “civilizadas” del Sur (Chickasaw, Choctaw, Creek, Seminolas, y Cherokees), siendo estas entregadas a los esclavistas. Tras

---

<sup>7</sup> Consultado en <https://millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/july-10-1832-bank-veto> el 02/08/2022 a las 19:00 h.

acabar con los focos de resistencia, los supervivientes fueron deportados a las desérticas tierras del Territorio Indio (actual Oklahoma) en lo que fue conocido como el *Sendero de Lágrimas*. La política de desposesión india, la creación de un gran territorio reserva para su confinamiento y el uso de una burocracia y fuerzas estatales en el proceso de traslado supuso un uso inédito de las instituciones con miras a una limpieza étnica que un siglo después inspiraría a Hitler y a los Nazis a la hora de implementar el Holocausto (Black, 2015; 37-58; Stannard, 1992, 121-125, 251-253; Remini, 1988, 45-82).

Estas políticas racistas contrastan con la actitud favorable ante la emigración que mostraron los jacksonianos, a diferencia de sus adversarios whigs y de los movimientos Anti-Masón y *Know-nothing* que se les opusieron. En especial estos dos movimientos supusieron una respuesta populista anti-jacksoniana, dominadas por un fuerte componente anti-inmigración y anti-católico (por la llegada masiva de irlandeses durante las décadas de 1830 y 1840). Los Anti-masones y los *Know-nothing* articularon una respuesta populista de carácter urbano y protestante contra la nueva institucionalidad populista del partido demócrata jacksoniano (McCormick, 1966, 95-97, 337-338; Remini, 1959, 206; Ransom, 1989, 127-137).

John Ashworth ha señalado a este respecto que el problema del racismo no era patrimonio exclusivo de demócratas o whigs, sino que cada partido articuló una forma distintiva de racismo fundamentada en su cosmovisión política: el aristocratismo de los whigs les llevaba a aceptar una sociedad fraccionada en grupos desiguales unidos bajo un mismo orden social. Desde esta perspectiva, los whigs eran proclives a aceptar a otros grupos raciales en el cuerpo político en un status inferior de ciudadanía. Sin embargo, los whigs no podían tolerar la pérdida de poder de la América protestante, lo que les llevó a oponerse decididamente a la emigración. Los demócratas, por su parte, fundamentaban su cosmovisión política en la idea de la igualdad natural de los hombres, principio iusnaturalista jeffersoniano que fundamentaba sus políticas igualitarias y su espíritu populista. El problema radicaba en delimitar la categoría de “hombre” objeto y sujeto de la igualdad como derecho natural. Y en este sentido los hombres eran los varones blancos sin importar su procedencia nacional (toda mujer quedaba por tanto excluida), lo que conducía a que los demócratas fueran proclives a aceptar a los emigrantes europeos, pero a rechazar al resto de grupos étnicos, afroamericanos (esclavos o libertos) y a los nativos americanos (Ashworth, 1980, 408-411; Ashworth, 1983, 221-223).

Finalmente, la dialéctica entre populismo e institucionalidad tuvo su máxima expresión con la formación del *Spoil System* durante las presidencias de Jackson y Van Buren. El *Spoil System* consistió en la sustitución de trabajadores públicos con una larga trayectoria institucional por seguidores políticos afines salidos de las nuevas redes clientelares del aparato político del nuevo partido profesionalizado. Los jacksonianos presentaron esta nueva forma de patrimonialismo como un sistema de rotación en los puestos que estaría llamado a democratizar las instituciones. En la práctica lo que supuso fue la sustitución de las viejas redes clientelares de la aristocracia política por una nueva forma de red clientelar que ya no respondía a las viejas familias aristocráticas sino a la estructura del nuevo partido de masas y los hombres que lo controlaban (White, 1954, 4-5, 16, 300-315).

Sin negar su carácter corrupto, Leonar D. White ha señalado que esta práctica no supuso una institucionalización de la corrupción (que ya existía y era práctica común con el patrimonialismo aristocrático) sino una transformación de la misma. Esta tuvo un cierto carácter democratizador al abrir puestos de gestión pública a miembros de las clases populares que nunca habían tenido acceso a ellos, y su implementación fue posible gracias a dos inercias: una primera que presionaba de abajo a arriba producto de la reclamación de las clases populares para ser incluidas en la gestión de los aparatos del Estado. Esta reclamación produjo una respuesta de las élites partidistas demócratas (imitada posteriormente por los whigs) que aprovecharon esta reclamación popular para cimentar sus redes de poder constituyendo una nueva forma de clientelismo político, no basado en el poder económico y el status social, sino

en un uso prebendista de las instituciones públicas aprovechando los procedimientos de la democracia representativa (White, 1954, 17, 301, 318).

Este proceso cimentó una lógica elitista dentro del partido demócrata que acabaría por instituir la famosa lógica establecida por Robert Michels en su “ley de hierro de las oligarquías”: el partido como institución pasó de convertirse en un medio para obtener un fin (la restauración del proyecto agrario de Jefferson), para convertirse en un fin en sí mismo: una forma de vida para sus miembros y una fuente de poder para su élite dirigente. La nueva élite política profesional utilizó el aparato partidista y sus procedimientos como fuente de poder personal que, aprovechando el impulso de la participación democrática, generó en el proceso un nuevo cierre oligárquico (Michels, 1915, 377-392).

Esta dinámica llevará durante los años de dominio jacksoniano a un divorcio de la élite partidista de su base política, que en las grandes ciudades del Este dará lugar a la aparición del movimiento *Locofoco*: Los locofocos, también conocidos como el *Equal Rights Party*, fue una facción populista surgida en el Estado de Nueva York con el objetivo de oponerse a la élite partidista de *Tammany Hall*, con el objetivo de presionar al partido para que defendiera los objetivos maximalistas de la Guerra contra el Banco, el fin de los monopolios económicos y de la alianza de la clase política con el sector financiero. La facción Locofoco se extendió por todo el país suponiendo una insurgencia populista surgida de la insatisfacción con la creciente oligarquización del partido demócrata en su desempeño institucional. Esta revuelta nunca llegó a tener a Andrew Jackson o a Martin Van Buren en su diana, pero sí a muchos miembros de la Regencia de Albany. Por este motivo el movimiento fue especialmente problemático para Van Buren, pues muchos de sus seguidores se convirtieron en el núcleo del movimiento, lo que condujo a que fueran una de las principales fuerzas políticas que galvanizarían su presidencia, a la vez que impugnaban el sistema institucional partidista que él mismo había ayudado a crear (Moss, 1975, 145-153; Byrdsall, 1842, V-VI, 23-28; Ashworth, 1983, 91-94, 97-99; Schlesinger Jr., 1946, 190-209).

## 5. Conclusiones

El partido demócrata nació de una extraña combinación entre populismo e institucionalidad. La génesis del partido fue producto de una insurgencia de las bases electorales del partido republicano de Jefferson en 1824 que apoyaron de manera espontánea al candidato outsider del partido. Esta rebelión espontánea provocaría un pacto entre sectores de la élite del partido para desplazar al presidente en el poder, vehiculizando este impulso popular en poder democrático en las elecciones de 1828, y que acabaría por institucionalizarse como partido demócrata en 1832. Esta operación fue posible gracias a las transformaciones en la institución partidista operadas por Van Buren y sus seguidores, así como por el despliegue de una estrategia y técnicas electorales inéditas hasta la época pensadas para maximizar el poder de las mayorías numéricas en la democracia representativa. Para ello fue necesario transformar la institución del partido en su mismísima concepción, así como en su forma de organización y funcionamiento. También se hubo de transformar la propia concepción de las campañas electorales para adaptarlas a la nueva realidad de la sociedad de masas, creando una política del espectáculo que ayudase a optimizar las muestras espontáneas de apoyo popular en rédito político para el candidato presidencial.

Las técnicas electorales y las lógicas de prebendismo partidistas que son hoy en día identificadas con la política institucional, como prácticas alejadas de los intereses de los ciudadanos, fueron en sus orígenes ideadas como un medio para incorporar a estos a las lógicas de la democracia representativa que se encontraban cooptadas por las redes clientelares de la aristocracia política. Sin embargo, el caso del *Spoil System* ejemplifica a la perfección la paradoja de cómo la reclamación populista de democratizar las instituciones generó un nuevo

cierre oligárquico mediante la capitalización política de las demandas populares por una nueva forma de poder político que manipulaba el poder estructural y los procedimientos de los nuevos partidos a favor de los políticos profesionalizados. Esto dará lugar a la aparición del político profesional de carrera que vendrá a sustituir a la vieja oligarquía aristocrática del mundo colonial creado por el Antiguo Régimen.

El proyecto republicano de Jefferson y su ideal agrarista no pudo ofrecer una respuesta a los desafíos de las instituciones estatales creados por los federalistas, ni tampoco a la nueva realidad social emergente con la industrialización y la sociedad de masas. El populismo jacksoniano fue un intento de ofrecer una respuesta articulando las demandas y los miedos de los distintos sectores sociales que se podían ver representados por el ideal agrario de Jefferson. Andrew Jackson se erigió como avatar de este proyecto político que representaba toda la cadena de equivalencias generadas en las demandas populares representadas por los distintos sectores sociales que constituyeron la alianza jacksoniana.

Jackson, como símbolo de su época, generó un nuevo marco institucional que acabaría por codificar el impulso democratizador iniciado por Jefferson y que instauraría la democracia universal masculina y blanca que a grandes rasgos ya era una realidad fáctica en las contiendas electorales. En este sentido, el jacksonianismo no trajo la democracia universal masculina blanca, sino el reconocimiento de su legitimidad política. La Guerra contra el Banco, la política anti-financiera, la defensa de la esclavitud, la remoción india y el *Spoil System*, fue todo ello un intento de concretar las demandas del populismo agrario jacksoniano en un programa de gobierno animado por una lógica institucional propia.

Esta operación no estuvo libre de problemas. La nueva lógica institucional creada por los jacksonianos sustituyó en nombre de la igualdad una oligarquía aristocrática por una oligarquía de políticos profesionales, dando lugar a una nueva insurgencia en el partido con el movimiento Locofoco. Por otra parte, la sustitución de Andrew Jackson por Martin Van Buren fue un caso clásico de fracaso en la rutinización del carisma (Brown, 1991; Weber, 2014, 197-201), pues si bien Van Buren fue capaz de ser elegido presidente, no logró su reelección en 1840, siendo derrotado por un partido whig que presentó al general William H. Harrison como su propio centauro carismático. En dichas elecciones los Whig aplicaron todas las tretas electorales ideadas por Van Buren en 1828 en lo que fue conocido como la campaña de la Sidra y la Cabaña de troncos (Schlesinger Jr., 1946, pp. 267-305). Van Buren fue derrotado por sus propias armas, pero lo que estas elecciones demostraron fue que la política electoral institucional de la democracia representativa no podría volver a jugarse sin desplegar un cierto grado de técnicas y repertorios populistas.

El duplo y la dialéctica entre populismo e institucionalidad no sólo se encuentra presente en los orígenes del partido demócrata estadounidense, sino que se ha depositado un cierto remanente de esta tensión dialéctica en el ADN mismo de la democracia representativa, producto de las transformaciones partidistas que este partido trajo consigo en su proceso de nacimiento.

## Bibliografía

- Aguilar Rivera, J.A. (2019). Tocqueville y el populismo. *Noesis*, Vol. 28, N. 55 (1 Enero - Junio 2019), pp. 61-74.
- Ashworth, J. (1980). The Jacksonian as Leveller. *Journal of American Studies*, Vol. 14, No. 3 (Dec., 1980), pp. 407-421.
- Ashworth, J. (1983). "Agrarians" and "Aristocrats": Party Political Ideology in the United States, 1837-1846. Royal Historical Society.

- Banning L. (1978). *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology*. Cornell University Press.
- Benson, L. (1970) *The Concept of Jacksonian Democracy: New York as a Test Case*. Princeton University Press.
- Black, J. E. (2015). *American Indians and the Rhetoric of Removal and Allotment*. University Press of Mississippi.
- Brown, T. (1991). From Old Hickory to Sly Fox: The Routinization of Charisma in the Early Democratic Party. *Journal of the Early Republic*, Autumn, 1991, Vol. 11, No. 3 (Autumn, 1991), pp. 339-369.
- Byrdsall, F. (1842). *The History of the Loco-foco Party or Equal Rights Party: Its Movements, Conventions and Proceedings with Short Characteristic Sketches of its Prominent Men*. Clement y Packard.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Harcourt Brace Jovanovich.
- Cañas de Pablos, A. (2022). *Los generales políticos en Europa y América: Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón*. Alianza Editorial.
- Cavanagh, E., & Veracini, L. (eds.). (2016). *The Routledge Handbook of the History of Settler Colonialism (1st ed.)*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315544816>
- Chini C. y Moroni, S. (eds.) (2018). *Populism: A Historiographic Category?* Cambridge University Press.
- Fernández Torres, L. (2018). *Arqueología del pluralismo político moderno: El concepto de partido en España (1780-1868)*. Comares.
- Genovese, E. (1989). *The Political Economy of Slavery: Studies in the economy and Society of the Slave South*. Wesleyan University Press.
- Hofstadter, R. (1948). *The American Political Tradition and the Men who Made it*. Alfred A. Knopf.
- Hofstadter, R. (1969). *The Idea of a Party System: The Rise of Legitimate opposition in the United States, 1780-1840*. University of California Press.
- Jackson, A. (1832). *July 10, 1832: Bank Veto*. UVA, Miller Center, consultado en <https://millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/july-10-1832-bank-veto>
- Jefferson, T. (1984). *Writings*. The Library of America.
- Jefferson T. (1801). First Inaugural Address, March 4, 1801, [https://avalon.law.yale.edu/19th\\_century/jefinaul.asp](https://avalon.law.yale.edu/19th_century/jefinaul.asp), consultado en <https://avalon.law.yale.edu>.
- Jefferson, T. y Foley J. (ed.) (1990). *The Jeffersonian Cyclopedia: A Comprehensive Collection of the Views of Thomas Jefferson*. Funk and Wagnalls Co.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. Verso.
- Madison, J. (2012). The Federalist, No.X. En *The Constitution of the United States of America and Selected Writings of the Founding Fathers*. Barnes & Noble.
- May, E. R. (1975). *The Making of the Monroe Doctrine*. Harvard University Press.
- McCormick R. P. (1966). *The Second American Party System: Party Formation in the Jacksonian Era*. The University of North Carolina Press.

- Michels, R. (1915). *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*. Hearts International Library.
- Moore, B. (1966). *Social Origins of Democracy and Dictatorship: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Beacon Press Books.
- Moss, R. J. (1975). Jacksonian Democracy: a Note on the Origin and Growth of the Term. *Tennessee Historical Quarterly*, Vol. 34, No. 2 (Summer 1975), pp.145-153.
- Parrington, V. L. (1930a). *Main Currents in American Thought: An interpretation of American Literature from the Beginnings to 1920. Vol. 1 The Colonial Mind*. Harcourt, Brace and Company.
- Parrington, V. L. (1930b). *Main Currents in American Thought: An interpretation of American Literature from the Beginnings to 1920. Vol. 2 The Romantic Revolution*. Harcourt, Brace and Company.
- Parsons, L. H. (2009). *The Birth of Modern Politics: Andrew Jackson, John Quincy Adams and the election of 1828*. Oxford University Press.
- Peterson, M. D. (1960). *The Jefferson Image in the American Mind*. Oxford University Press.
- Pocock, J. G. A. (2008). *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos.
- Polibio (2000). *Historia: libros V-XV*. Editorial Gredos.
- Ransom, R. L. (1989). *Conflict and Compromise: The Political Economy of Slavery, Emancipation and the American Civil War*. Cambridge University Press.
- Ratcliffe D. (2013). The Right to Vote and the Rise of Democracy, 1787—1828. *Journal of the Early Republic*, Summer 2013, Vol. 33, No. 2 (Summer 2013), pp. 219-254.
- Reguera, M. (2018). El “experimento americano” y los orígenes del concepto moderno de revolución”. *Revista de Estudios Políticos*, 182, 71-98. doi: <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.182.03>
- Remini, R. V. (1959). *Martin Van Buren and the Making of the Democratic Party*. Columbia University Press.
- Remini, R. V. (1988). *The Legacy of Andrew Jackson: Essays on Democracy, Indian Removal and Slavery*. Louisiana State University Press.
- Richard, C. J. (1994). *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment*. Harvard University Press.
- Schlesinger Jr., A. M. (1988). *Los ciclos de la historia americana*. Alianza editorial.
- Schlesinger Jr., A. M. (1946). *The Age of Jackson*. Little, Brown and Company.
- Shalev, E. (2009). *Rome Reborn on Western Shores*. University of Virginia Press.
- Smith H. N. (1978). *Virgin Land: The American West as a Symbol and Myth*. Harvard University Press.
- Stannard, D. E. (1992). *American Holocaust: The Conquest of the New World*. Oxford University Press.
- Temin, P. (1969). *The Jacksonian Economy*. W. W. Norton & Company.
- Thomas, J. L. (1965). Romantic Reform in America, 1815-1865. *American Quarterly*. Vol. 17, No. 4 (Winter, 1965), pp. 656-681.

- Tocqueville, A. (2012). *Democracy in America. English Edition. Vol. 1.* Liberty Fund.
- Turner, F.J. (1986). *The Frontier in American History.* The University of Arizona Press.
- Turner, F.J. (1993). *History, Frontier and Section.* University of New Mexico Press.
- Van Buren, M. (1967). *Inquiry into the Origin and Course of Political Parties in the United States.* August M. Kelley.
- Veracini L. (2010). *Settler Colonialism: A Theoretical Overview.* Palgrave MacMillian.
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo.* La huerta grande editorial.
- Volo, J. M y Volo, D. D. (2004). *The Antebellum Period.* Greenwood Press.
- Wallace, M. (1968). Changing Concepts of Party in the United States: New York, 1815-1828. *The American Historical Review*, Dec., 1968, Vol. 74, No. 2 (Dec., 1968), pp. 453-491.
- Ward, J. W. (1979). *Andrew Jackson: Symbol for an Age.* Oxford University Press.
- Weber, M. (2014). *Economía y Sociedad: Esbozo de sociología comprensiva.* Fondo de Cultura Económica.
- Wilentz, S. (1982). On Class and Politics in Jacksonian America. *Reviews in American History*, Dec., 1982, Vol. 10, No. 4, The Promise of American History: Progress and Prospects (Dec., 1982), pp. 45-63.
- Wilentz S. (2004). *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class.* Oxford University Press.
- Wilentz, S. (2005). *The Rise of American Democracy: Jefferson to Lincoln.* W.W. Norton & Company.
- White, L. D. (1954). *The Jacksonians: A Study in Administration History 1829-1861.* The MacMillan Company.
- Wood, Gordon S. (2009). *Empire of Liberty: A History of the Early Republic, 1789-1815.* Oxford University Press.
- Zanatta, L. (2014). *El populismo.* Katz.